PRECIOSISMO

En todas las épocas hubo amanerados, pseudo-artistas, partidarios del *preciosismo*. Son terribles, creedlo.

Nada marcará mejor un período de decadencia, que el predominio de los *preciosistas*. Wateaud es un síntoma. En sus deliciosas obras hay el refinamiento galante de la Regencia; su paleta recoge el virus corruptor de una sociedad encanallada; su retina no alcanza más que molicie y sensualidad; el dibujo y el color sirven para prestar encanto al desenfreno. Sus defectos, como no podía menos de suceder, se agrandan en su imitador o *continuador* Boucher, que llega al desbarro. ¡Lástima de aptitudes!

Y no se crea que limitemos el concepto a lo almibarado y chillón. Tan *preciosista* se nos antoja el autor de *Embarque para Citeres* como el rígido Le-Brún, representante del atildamiento en época anterior a la del arte de *boudoir*.

El preciosista suele ser un enamorado del detalle, un rebuscador, un insincero que, fiándolo todo a la forma, tiende únicamente a agradar, a sorprender, a producir un estremecimiento de pura epidermis. Se desvive por la *monada*. Su arte es simplemente exterior, no va nunca al alma.

Los representantes del *preciosismo*, en literatura, nos ofrecen el inútil esmero de las cosas bonitas. Más que bello, lo suyo, es nimio. Sé de un cronista injerto en crítico, que aderezaba una crónica por el gustazo de *engarzar* en ella una voz castiza, un vocablo algo raro, una locución clásica, etc. El asunto era lo de menos, el caso era embutir aquellas *preciosidades* para echárselas de artífice. A mí, la verdad, me producía el efecto del que echa a un mosto cualquiera algunas gotas de vino añejo. No sé si lo avalora gran cosa el saborcillo de ranciedad. ¿Y esas estrofas, divinamente talladas, para metidas en lindo estuche....? Pues, ¿y esos relatos, de impecable estructura, trabajosos, denotando el esfuerzo, preconcebidamente lúbricos o intencionadamente pecaminosos; pero inopinadamente pueriles....?

*

En pintura, el género que con más facilidad cae en el *preciosismo* es el retrato. Cuando no es un gran espíritu el que lo cultiva, se convierte en un arte servil, degradado. Hay que ser Ticiano, o Rubens, o Van Dick, o Rembrant, o Velásquez para sustraerse a toda concesión a la vanidad o al poderío. Y, aun así, no puede asegurarse que el genio, como en el arte asirio y persa, no descubra una absorción tiránica, una lamentable manifestación de servidumbre; bien al revés del arte griego, nutrido en una perfecta democracia. Uno de los hermanos Van Eyck tuvo el mal acuerdo de preferir la minuciosidad, el detalle, a toda profundidad de concepción; y a Alberto Durero, digno representante de la pintura alemana en la época del Renacimiento, se achaca, y es del amentar que toda su perfección no evita que carezca de ideales y se le escape la belleza.

La arquitectura cae en lo apuntado con lastimosa frecuencia. Toda la pompa del Escorial, por ejemplo, no nos convence de que alentara en su concepción un alma de artista. Es el *preciosismo* al servicio de la vanidad. Y menos mal que allí hay siquiera la condición de severidad, algo imponente. ¿Qué diremos de muchos edificios de la época actual, sobre todo en lo que a la vivienda se refiere? O una invasión de *exotismo* recargada y caprichoso, o el alarde marrullero por todo lo alto. Si asoma la genialidad, se traduce en una inclinación *roussoniana*, especie de vuelta a la naturaleza, prurito retrógrado de visualidad bárbara.

No hay que confundir el esmero con la minuciosidad, ni la maestría con el aliño. Lo almidonado resta siempre soltura. ¿Veréis el gesto verdaderamente personal en quien se esclaviza a la pechera, al cuello, a los guantes, etc.....? ¿Será el *verdadero* hombre aquel cuya cabeza denota el retoque cuidadoso, atildado, del peluquero?

Si se me objetara que el arte consiste en imitar la naturaleza embelleciéndola, yo respondería que no siempre es belleza la pulcritud, por igaal causa que no significa siempre sabiduría la erudición.

Y creería estar en lo cierto.

SEBASTIÁN GOMILA.

Todas las libertades de que se glorian los pueblos modernos han sido conquistadas por la revolución, o concedidas por miedo a la revolución.

J. MIR Y MIR.

Participamos a los compañeros del exterior que, para facilitarles cubrir el importe de las suscripciones de nuestro periódico, pueden mandarnos, especialmente, libros de texto de la Escuela Moderna, y, en caso de no tener éstos, folletos de propaganda libertaria.

Suplicamos que para mayor seguridad certifiquen los paquetes.